

Cuadernos del GESCAL. Año 1, No 1, Agosto de 2013

## **Algunas reflexiones sobre la historiografía actual de América Latina**

Ernesto Bohoslavsky  
Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

### **Introducción**

Estas palabras expresan un conjunto de reflexiones producidas a partir de haber enseñado e investigado sobre historia latinoamericana de los siglos XIX y XX en instituciones universitarias de Argentina durante los últimos años.\* Lo que intentaré presentar es una serie de problemas y de tensiones que encontré a la hora de abordar la historia de América latina como objeto de estudio y como contenido en diversos programas de enseñanza. Lo que espero defender con alguna perspectiva de éxito es la idea de que tanto la tarea docente como la de pesquisa sobre América latina no se sostienen sin la voluntad epistemológica y a la vez política por parte de quien enseña o investiga sobre este continente de que estas tareas son necesarias y deseables. Seleccioné dos cuestiones que son de especial interés para la historiografía. La primera de ellas es cómo hacer convivir la extendida creencia en la particularidad nacional con la pertenencia a América latina, esto es, la cuestión de cómo compatibilizar a países autoproclamados excepcionales con su inclusión como parte de un todo con algún viso de rasgos compartidos. La segunda es la propuesta de toma de conciencia sobre la necesidad de re-clasificar como “latinoamericanos” a ciertos fenómenos y actores sociales que han sido tradicional y exclusivamente estudiados como “nacionales”.

### **Acerca de las excepciones**

Hace casi veinte años David Bushnell (1996) publicó un libro sobre la constitución de la moderna Colombia, en el cual planteaba que se trataba de una nación “a pesar de sí misma”. Es decir, postulaba la idea de que no obstante sus agrios conflictos políticos, una geografía que desalentaba la comunicación entre regiones y la endeblez de los recursos estatales, Colombia finalmente se había convertido en el siglo XX en una nación sin proponérselo. Por tanto, Colombia terminó siendo lo que *debía ser* a pesar de que las condiciones objetivas amenazaban con impedir el cumplimiento de esa misión, establecida por los científicos sociales más que por alguna ley. Lo que aquí interesa del libro de Bushnell, es la idea de la porfía, la supervivencia y –finalmente- triunfo de una identidad a pesar de las pésimas condiciones ambientales y de la existencia de otros proyectos alternativos y competitivos.

Podría decirse algo parecido sobre el continente latinoamericano, al punto de afirmarse que existe a pesar de sí mismo.<sup>3</sup> Es que las fuerzas centrífugas son muy poderosas (quizás hoy menos que hace quince años), pero sobre todo porque las auto-adscripciones de los países que

\* Agradezco a Gabriela Aguila y a Gabriela Gomes sus lecturas críticas a una primera versión de este texto.

<sup>3</sup> Sobre el vínculo entre el nombre (América latina) y lo nombrado, es indispensable el trabajo de Funes (1996). Ofrecí algunas ideas sobre el particular, en un intento por señalar algunas de las complicaciones derivadas de esa relación entre la palabra y la cosa, para quien quiera enseñar historia del continente (Bohoslavsky, 2011).

supuestamente forman parte de América latina no siempre incluyen esa pertenencia. Veamos algunos ejemplos de países que exhibieron y exhiben buenas razones para ser considerados más bien excepciones dentro del contexto latinoamericano.

La propia Colombia puede ser considerada en este sentido. Su supuesta excepcionalidad nacional ha sido motivo de largas consideraciones, muchas de tono amargo y quejumbroso. La originalidad residiría en una historia de bipartidismo sempiterno y faccioso, que dio lugar tanto a alteraciones muy violentas como a alternancias pacíficas entre camarillas oligárquicas. Un fenómeno guerrillero que muta y no desaparece a seis décadas de haber nacido ofrece un buen punto para aquel que quiera defender la tesis de la excepcionalidad colombiana. Y lo propio puede hacerse con los múltiples impactos –económicos, culturales, políticos, demográficos- del fenómeno narco.

De igual manera, muchos intelectuales y políticos chilenos han sostenido durante mucho tiempo la tesis de la excepcionalidad nacional en el continente americano. No les han faltado razones para esgrimir tal idea. Tanto por esa “loca geografía” como dijo Benjamín Subercaseaux (1940), consistente en esa franja apretada entre los Andes y el mar, pero sobre todo por una inusitada historia de estabilidad política en el siglo y medio posterior a la independencia y por su transparente división en tres fuerzas políticas reconocibles por su pertenencia a la izquierda, el centro y la derecha en buena parte del siglo XX, la noción de excepcionalidad chilena ha sido un *leit motiv* muy reiterado y sumamente aceptado entre la población y las élites. Éstas durante mucho tiempo se autodenominaron “los británicos de América latina”, si seguimos a Bagú (1975).

Los paraguayos no carecen de apoyo cuando sostienen que su vida histórica es también muy particular. En efecto, es posible encontrar en su historia un conjunto de singularidades con respecto a sus vecinos. Su carácter de “isla rodeada de tierra” como planteaba Augusto Roa Bastos, su tradicional aislamiento –o autocentramiento-, la presencia colonizadora de empresarios argentinos y brasileños, el uso extensivo de las lenguas de origen guaraní, la experiencia de una dictadura personalista de duración record, son algunos de las buenas razones usadas para sostener la tesis de la excepcionalidad paraguaya con respecto al resto de los países del continente (Soler, 2010).

Los mexicanos también pueden blandir la cantinela de la originalidad con varios argumentos, todos ellos sólidos y razonables. Por haber sido la principal joya de la corona española a lo largo de tres siglos, por la multiplicidad y vitalidad de sus pueblos originarios, por la diversidad de sus regiones, pero sobre todo por la experiencia de la revolución de 1910 y por su inevitable vecindad con Estados Unidos que ha trastocado su auto-imagen, su demografía, su economía y su territorio desde el siglo XIX, México puede con toda razón argüir que es un país extraordinario en el marco latinoamericano, un país en el cual desde la década de 1920 se espera la llegada de la raza cósmica.

¿Qué decir de Cuba? Primer punto de América visitado y colonizado por Europa, punta de lanza del capitalismo basado en la explotación de esclavos que cortaban la caña de azúcar y estibaban barriles de ron con rumbo a puertos noratlánticos. Fue la colonia que más tardó en independizarse de España y en la que con más intensidad se hizo sentir el imperialismo norteamericano en el siglo XX, con sus cadenas de hoteles, sus latifundios, los servicios públicos y las inversiones industriales. ¿Cómo no admitir la tesis de la excepcionalidad cubana a más de medio siglo del triunfo de la única revolución socialista del continente que ha sido capaz de sobrevivir no sólo al embargo estadounidense sino a la caída del bloque soviético?

Los uruguayos también han blandido un argumento similar sobre la particularidad de su país (Espeche, 2010). La hiper-integración social, la modernidad de su sociedad, la legislación

avanzada, son aspectos que particularizan toda la experiencia histórica uruguaya en el siglo XX e incluso en la actualidad (Rama, 1987). Su condición geográfica (“paisito” dicen ellos con un tono afectivo y orgulloso) y su extraordinaria estabilidad política (si dejamos de lado los golpes de Gabriel Terra en 1933 y el de 1973) dan cuenta de un rasgo singular, aunque paradójicamente los conduzca a asimilarlos fuertemente a los chilenos y por lo tanto se reduzca algo de su supuesta originalidad.

La tesis de la existencia de la “civilização brasileira” es parte de la constitución de las modernas ciencias sociales y el ensayismo brasileño. Muchos piensan a Brasil como un gran laboratorio social y étnico que desde el siglo XVI ha ido segregando una mezcla original, ecuménica e irreplicable. Como expresaba el *Manifiesto Antropófago* de Oswald de Andrade de 1922:

“Nunca fomos catequizados. Vivemos através de um direito sonâmbulo. Fizemos Cristo nascer na Bahia. Ou em Belém do Pará”

El uso exclusivo del idioma portugués en América, la recepción de migrantes italianos, japoneses y centroeuropeos, entre otros, junto con la presencia de pueblos originarios, conquistadores ibéricos y afro-descendientes habrían generado en Brasil una experiencia histórica única, sensual y admirable, a la vez particular y universal, que no sería reducible a lo latinoamericano.

Mis compatriotas no se han privado de señalar que Buenos Aires era la París de Sudamérica, y que la historia, la genética y las costumbres nacionales claramente ubicaban al país fuera del continente americano, al que se suponía más bárbaro, más indígena, más tropical y más brutal. Primó durante mucho tiempo no la tesis de la excepcionalidad argentina sino más bien de la ajenidad rioplatense respecto a América latina. Como cantaba Seru Giran en “No llores por mí, Argentina” en 1982, “Ella no quiere ser amiga de un chico de este pueblo”. Tenemos también la cuestión del peronismo que, para bien o para mal, ha teñido de originalidad a la experiencia argentina de manera ininterrumpida desde hace casi setenta años, y legitima las posturas de quienes insisten en marcar los rasgos nacionales más que los latinoamericanos.

¿Quién podría argumentar en contra de la tesis de la excepcionalidad histórica de países como Haití, el primero en independizarse en el continente, el único país en el que los esclavos consiguieron deshacerse de los amos blancos y ha sido una de las mayores plazas de francofonía fuera de Francia? Sería absurdo no reconocer las particularidades de una nación como esa, que alberga una de las mayores cantidades de dolor social y de pobreza de los siglos XX y el actual. ¿No es acaso, también, particular Panamá, un país nacido de una altivez provincial a la que Washington rápida e interesadamente le dio vuelos independentistas? ¿Cómo no declarar excepcional la historia de una nación partida al medio por un canal interoceánico que actuó a la vez como columna vertebral de su economía y como tajo imperialista hasta 1999?

Los ejemplos podrían repetirse. Todos ellos muestran que la idea de la excepcionalidad nacional pulula impune, firme y ridículamente por las tierras del continente en estos tiempos lo mismo que a finales del siglo XIX. ¿Puede un conjunto de países irreductiblemente particulares constituir una unidad en algún sentido? Si son todos tan distintos e incluso unos mejores que otros, ¿para qué estudiarlos de conjunto si la perspectiva deseable sería la estrictamente nacional? En este sentido planteo que tanto enseñar como investigar sobre América latina depende, en buena medida, de una decisión que es epistemológica, pero también política. Es la voluntad de reconocer, casi crear, la historia latinoamericana como objeto de estudio, desplazando a las historias nacionales. Está claro que la búsqueda y la exaltación de las particularidades nacionales es un ejercicio medularmente etnocéntrico y algo patético, aunque pueda tener alguna impronta de reafirmación anti-imperialista que es

atendible. Sin embargo, varias de esas particularidades existen. El punto no es negarlas sino ponerlas en contraste con las similitudes y los procesos compartidos. Más que ningunear a las singularidades lo que sería útil es percibir las junto a las generalidades, a las repeticiones. La cuestión no es armar un relato historiográfico en el que se pongan de manifiesto sólo los aspectos compartidos desde Ushuaia a Ciudad Juárez, sino de encontrar un equilibrio que evite la exaltación nacionalista y el esencialismo folklorizante latinoamericanista. No estoy diciendo que la violencia colombiana es ordinaria, sino que los colombianos no tienen el dudoso monopolio de masacrarse según se afilien a un partido o a otro. No planteo que el bipartidismo que caracterizó a Uruguay por un siglo sea una cosa tan común como el agua caliente, sino que el bipartidismo no fue inventado en Montevideo ni organizó las fuerzas políticas de esa manera sólo en tierra oriental. De nuevo, el asunto es dónde se pone el ojo, a dónde apunta la voluntad de escudriñar a los fenómenos sociales que queremos investigar.

### **Sobre las clasificaciones**

Cuando uno quiere investigar, aprender y/o enseñar sobre procesos históricos latinoamericanos –y no sólo nacionales- se topa con varias complicaciones. Aquí quiero hablar de una de ellas, que es que la mayor parte de la investigación que lleva adelante la historiografía de nuestro continente es eminentemente de escala nacional. Es decir, los historiadores mexicanos en general escriben más sobre historia de México que sobre cualquier otro tema, objeto o escala. Los historiadores chilenos escriben principalmente sobre Chile (y quizás sobre los mineros del Norte Grande más que sobre otra región). Es un punto que ameritaría alguna opinión y discusión, pero no es este el lugar para hacerlo. Tomémoslo como un dato simplemente: la práctica historiográfica que se realiza en los países de América latina (y del mundo occidental en general) ha tendido a privilegiar la historia de países por sobre los acercamientos a problemas de alcance continental.

Hay sectores de la academia europea y norteamericana que tienen un recorte latinoamericano: existen importantes asociaciones dedicadas a investigar al continente, como Latin American Studies Association (LASA), el Consejo Europeo de Investigaciones sociales de América latina (CEISAL) o la Red Europea de Información y Documentación sobre América Latina (REDIAL). Otras instituciones comparables nacieron del interés primigenio de organismos internacionales como la UNESCO: es el caso del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) creado en 1967 y anteriormente de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), lanzada diez años atrás (Ansaldi, 1991). Es algo paradójico que sea fuera de América latina donde se hayan constituido las más fuertes tradiciones de investigación sobre el continente y a la vez donde se reconozca con mayor claridad la existencia de un objeto de estudio de alcance supra-nacional, sobre el cual no pesan tantas demandas o ansiedades por reconocer especificidades o particularidades de los países. Parece claro que ese reconocimiento externo tiene como correlato un acercamiento a veces determinista, cuando no prejuicioso, como fueron los esquemas provistos por la teoría de la modernización y el culturalismo anglosajón (Feres, 2010; Palti, 2007). En efecto, muchos de esos acercamientos pecaban de suponer que toda América latina poseía una serie de rasgos compartidos –unánimemente negativos- que ahogaban cualquier especificidad nacional.

Para bien o para mal, América latina parece más claramente un objeto de estudio cuando es mirada desde afuera que desde adentro. No estoy diciendo que objetivamente así sea, sino que así lo parece transmitir la constitución de los aparatos académicos a un lado y otro del continente. Está claro que también hay asociaciones y redes con sede en el continente y cuyo funcionamiento y financiamiento es estrictamente latinoamericano. Se puede mencionar a la asociación de historiadores dedicados a cuestiones de América latina y el Caribe (ADHILAC),

que realiza frecuentemente sus congresos. Incluso en Brasil existe muy activa la **Associação Nacional de Pesquisadores e Professores de História das Américas** (ANPHLAC). El continente ha producido saberes y metodologías para pensarse y para investigar los problemas latinoamericanos, como es el caso del cepalismo o de la teoría de la dependencia, que incluso circularon y fueron apropiadas en otras periferias mundiales (Deves-Valdes, 2008).

¿Cuál es la diferencia entre ser un latinoamericanista dentro o fuera de América latina? En Estados Unidos o en Europa, como señaló Gabriela Aguila (2012, 33), un latinoamericanista es alguien que estudia una realidad extra-nacional. Su actividad tiene la misma entidad epistemológica que un africanista o un sinólogo (aunque probablemente no la misma relevancia política o académica). Ahora bien, en el caso de los latinoamericanistas que son latinoamericanos, el asunto es un poco más complicado, puesto que se trata de hacer una historiografía que incluye y a la vez desplaza a la nacional. Insisto, el punto con el que nos encontramos cuando queremos enseñar o investigar sobre historia de América latina es que la mayor parte de los materiales bibliográficos con los que contamos no pertenecen en sentido estricto al campo de la historiografía de América latina, sino a la historiografía nacional.<sup>4</sup> Así, la enorme biblioteca sobre revolución mexicana no fue producida en el marco de la historiografía latinoamericana, sino de una vigorosa tradición nacional de reflexión y estudio sobre el fenómeno más importante de la vida histórica mexicana del siglo XX. Está claro que no sólo los mexicanos se dedican a estudiar la revolución: algunos de los nombres más importantes sobre el particular no nacieron en esa tierra (John Womack, Friedrich Katz, Alan Knight...), pero el grueso de lo que se ha escrito sobre el particular ha sido partiendo de la idea de que se trataba de un problema histórico y político nacional. De igual manera, cuando uno quiere leer sobre historia del populismo latinoamericano, va a encontrar textos sobre Getulio Vargas, sobre Juan Domingo Perón, sobre el cardenismo, sobre Víctor Raúl Haya de la Torre, sobre Jorge Eliécer Gaitán, pero en casi todos los casos se trata de textos referidos a historia nacional. Insisto: que el peronismo o el gaitanismo devengan parte del tema “Populismos” es un ejercicio que es más fácil de hallar fuera de América latina que dentro de ella. Lo que sabemos sobre la minería del cobre en el norte chileno no proviene de la historiografía latinoamericana, sino de historiadores preocupados por la historia de Chile y de su clase trabajadora. Lo que conocemos de la esclavitud en Brasil, en el Caribe o en las estancias coloniales no es producido en general por colegas que investiguen explícita o conscientemente sobre América latina sino sobre casos nacionales o sub-nacionales. ¿Eso qué quiere decir que para enseñar o investigar sobre cuestiones de América latina hay que descartar a esa bibliografía porque sus pretensiones intelectuales están inevitablemente echadas a perder por su “egoísmo” nacional? ¿Será que sólo debemos usar a aquella bibliografía que toma por objeto de estudio a todo el continente? Parece excesivo el precio.

Significa más bien que hay que reconocer la existencia de un inevitable divorcio entre quienes producen textos de historia nacional, teniendo en mente ciertos lectores, ciertos interlocutores y ciertas atmósferas intelectuales, y quienes hacen uso de esa bibliografía para atender a otros problemas y parten de otras preocupaciones. Eso quiere decir que la intención inicial del autor no agota las lecturas y clasificaciones posibles de su obra. Los lectores siempre pueden ir más allá de las intenciones y limitaciones de los historiadores a los que leen. La obra de Jean Meyer (1973/1974) sobre la Cristiada fue producida como parte de la historiografía mexicana dedicada al estudio de la vida política pos-revolucionaria. Sin embargo, los textos de Meyer leídos fuera de México en parte pierden el carácter de historia nacional para convertirse, de manera subrepticia e inopinada, en textos sobre historia de

<sup>4</sup> Los libros que se usan en la escuela secundaria hacen muy escasa referencia a los países de América latina, que suelen aparecer como un “contexto” regional en el que se encuentra inserto (esencialmente por razones geográficas) el caso nacional que es el que verdaderamente interesa y que se debe enseñar. El horizonte explicativo y pedagógico es, preponderantemente, nacional.

América latina. Con eso, llegamos a la conclusión de que el objeto de estudio no viene determinado por el autor de un texto, sino por sus lectores. Es decir, lo que vuelve a aparecer es la voluntad de quien enseña, aprende e investiga sobre América latina. Esa voluntad es la que des-nacionaliza una producción historiográfica nacida nacional y la re-ubica y re-funcionaliza como parte de la historiografía continental (lo mismo puede devenir global o sub-nacional).

Como señaló hace muy poco Gabriela Aguila (2012, 34), hacer historia de América latina implica estar todo el tiempo tensionado entre las temáticas que se estudian (necesariamente acotadas, sea temporal, geográfica o demográficamente) y una reflexión más general, de orden continental, que escapa a la evidencia empírica disponible. En ese sentido, no hay nada como la experiencia del desplazamiento físico para desprovincializar y a la vez latinoamericanizar la perspectiva sobre el propio terruño. Los años 20 y los años 60 están plagados de figuras como Manuel Ugarte (Funes 2006) o como Julio Cortázar (Gilman 2003) que se cansaron de decir que comprendieron y aceptaron cabalmente su pertenencia a nuestro continente sólo tras el obligado paso por París. La muy citada carta de Julio Cortázar a Roberto Fernández Retamar lo vuelve a señalar:

“¿No te parece en verdad paradójico que un argentino casi enteramente volcado hacia Europa en su juventud, al punto de quemar las naves y venirse a Francia, sin una idea precisa de su destino, haya descubierto aquí, después de una década, su verdadera condición de latinoamericano?” (Manjarrez, 1984)

Muchos de los colombianos que han tomado la decisión de seguir sus carreras académicas y su formación en Argentina, ahora estarán pasando por un trance similar, que es el de convertir a la bibliografía a la que tradicionalmente han leído y clasificado como parte de la sociología, la antropología y la economía nacional, en textos de sociología, antropología y economía latinoamericana. ¿Cómo fue que se produjo esa mutación? Está claro que la letra de los libros no se modificó sino que lo que se alteró fueron las condiciones desde las cuales se produjeron (o se evocaron) esas lecturas. Los lectores no son figuras en absoluto pasivas, como ya sabemos hace largo rato: sus expectativas y categorías son cruciales para la manera en la que interpretan lo que tienen frente a sus ojos.

Pero junto con el desplazamiento físico hay que anotar también el peso que tienen las tradiciones y las expectativas de las instituciones en las que se radican los investigadores. Muchos científicos sociales exiliados en las décadas de 1970 y 1980, que encontraron cobijo en instituciones del Atlántico norte, debieron reclasificar unas investigaciones que creían de historia nacional como parte de *Latin American Studies* o *Geschichte Lateinamerikas*. De igual manera, muchos de aquellos colombianos que vinieron a Argentina a estudiar descubrieron que las instituciones en las que cursan sus posgrados reclasificaron a actores que normalmente eran “colombianos” como “latinoamericanos”. Las FARC, el Partido Conservador, los indígenas del Cauca, el emprendedorismo de los empresarios paisas, *El Espectador*, las reformas urbanas de Medellín, los “falsos positivos”, las “pescas milagrosas”, todo aquello que parecía inexcusable y sólidamente nacional, al venir aquí, pasa por el prisma de lo latinoamericano.

## **Cierre**

¿Por qué se escribe y se publica tan poco (en términos relativos) sobre historia de América latina, en comparación con lo que se difunde sobre historia nacional o de Europa? Algunos de los inconvenientes relacionados con el acceso a archivos o la comunicación con posibles entrevistados han sido reducidos cuando no eliminados gracias a la globalización (asimétrica)

de los flujos información, la expansión de las telecomunicaciones y la digitalización de muchos archivos. La cuestión por la particularidad nacional sigue enseñoreándose, a pesar de que hay muchas otras respuestas esperando su turno y que han comenzado a desarrollarse preocupaciones por las historias conectadas entre los países y actores de América latina (Prado, 2005). El mito de la excepcionalidad nacional es aun hoy el dueño de las preocupaciones de quienes investigan y enseñan sobre historia, incluyendo entre ellos a los formadores de docentes de historia: no es extraño que sus alumnos así lo asuman y reproduzcan en sus aulas. ¿Se puede cambiar la situación?, ¿se resuelve con más financiación? Ello es deseable, pero hasta que eso ocurra se pueden ir haciendo otras cosas.

He querido poner de manifiesto que la dimensión latinoamericana de los fenómenos que quieren estudiar los historiadores sociales y que pretendemos enseñar en las clases, no deriva tanto de una existencia objetiva de esos fenómenos como de otros factores, por así decir más tangenciales. Que el objeto de investigación sea o no parte de América latina no depende entonces de la naturaleza del objeto mismo, sino del punto geográfico y sobre todo intelectual desde el que se lo investigue. Eso es lo que hace que un estudio de cómo los ecuatorianos se ganan la vida en Madrid hoy pueda ser considerado un tema latinoamericano. Lo que clasifica a los actores y a los saberes como latinoamericanos es la cuadrícula desde la cual se lo quiere investigar, enseñar o leer. De allí el peso de la voluntad de quien enseña, estudia e investiga sobre América latina: sin esa decisión política y subjetiva explícita de considerar también latinoamericano a aquello que normal y atinadamente es clasificado como nacional o provincial, no hay historiografía latinoamericana posible. En definitiva, no hay investigación posible sobre fenómenos latinoamericanos viviendo en los países latinoamericanos sino existen previamente dos convicciones: en primer lugar, de que es posible estudiar al continente, y en segundo lugar, de que la historia del propio país pertenece a un torrente mayor, llamado historia latinoamericana.

## **Referencias**

- Aguila, Gabriela. (2012). “¿Qué es ser un/a latinoamericanista? Los derroteros de la historia latinoamericana contemporánea en la Argentina”, en Anuario. Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario, No. 24 <<http://web.rosario-conicet.gov.ar/ojs/index.php/Anuario/issue/view/27> >
- Ansaldi, Waldo. (1991). “La búsqueda de América Latina”, en Cuadernos. Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, año I, No. 1, Buenos Aires.
- Bagú, Sergio. (1975). “Tres oligarquías, tres nacionalismos: Chile, Argentina, Uruguay”. En Cuadernos Políticos, No. 3, México, D.F., Editorial Era, enero-marzo, pp. 6-18.
- Bohoslavsky, Ernesto. (2011). “¿Qué es América Latina? El nombre, la cosa y las complicaciones para hablar de ellos”, en Ernesto Bohoslavsky, Emilce Geoghegan y María Paula González (comp.), *Los desafíos de investigar, enseñar y divulgar sobre América latina. Actas del taller de reflexión TRAMA*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines <[http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded\\_files/file/publicaciones/trama/](http://www.ungs.edu.ar/cm/uploaded_files/file/publicaciones/trama/) >
- Bushnell, David. (1996). Colombia. Una nación a pesar de sí misma, Bogotá, Planeta.
- Devés-Valdes, Eduardo. (2008). “La circulación de las ideas económico-sociales de Latinoamérica y el Caribe en Asia y África ¿Cómo llegaron y como se diseminaron? (1965-1985)”, en *Universum*, Vol. 23, No. 2, 2º semestre, Universidad de Talca, pp. 86-111.
- Espeche, Ximena. (2010). “De una isla a otra: intelectuales uruguayos y América Latina como

problema a mediados del siglo XX (1952-1962)", en *Anclajes*, vol. 14, No. 1, Santa Rosa, pp. 51-72. < <http://www.fchst.unlpam.edu.ar/ojs/index.php/anclajes/article/view/58/63> >

Feres, João. (2010). *The concept of Latin America in the United States: misrecognition and social scientific discourse*. New York: Nova Science Publishers.

Funes, Patricia. (1996). "Del *Mundus Novus* al *Novomundismo*. Algunas reflexiones sobre el nombre de América Latina", en: Garcindo Dayrell, Eliane y Gricoli Iokoi, Zilda. (orgs.) *América Latina contemporânea: desafios e perspectivas*. São Paulo/Rio de Janeiro: Edusp/Expressão e Cultura.

Funes, Patricia. (2006). *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo.

Gilman, Claudia. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Manjarrez, Héctor (1984). "La revolución y el escritor según Cortázar", en *Cuadernos Políticos*, No. 41, México, D. F. Editorial Era, julio-diciembre, pp. 84-109.

Meyer, Jean. (1973-1974). *La Cristiada, Siglo XXI*, México D.F., 2 tomos.

Palti, Elías. (2007). *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*; Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Prado, Maria Ligia Coelho. (2005). "Repensando a história comparada da América latina", en *Revista de História*, No.153, São Paulo, pp. 11-33.

Rama, Germán. (1987). *La democracia en Uruguay*. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.

Soler, Lorena. (2010). "¿El mito de la isla? Acerca de la construcción del desconocimiento y la excepcionalidad de la historia política del Paraguay", en *Papeles de trabajo*. Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. Año 3, No. 6, Buenos Aires, agosto.

Subercaseaux, Benjamín. (1940). *Chile o una loca geografía*, Santiago, Ercilla.